

—Disculpád mi acción, pues tratábase de salvar á la mujer que amo.

—¡Pero el compromiso!...

—No medité en él. Inmediatamente quitéme mi ropa, despoje de la suya al agente del Santo Oficio, y á favor del disfraz aventuréme hacia la calle.

—Sois incorregible.

—Esto es lo que ha sucedido, amigo Estrañi.

Y el coronel se sonrió como si no se tratase más que de una travesura de muchacho.





CAPITULO CXIII

Donde Estrañi sigue siendo la providencia de Zúñiga.



ROBERTO Estrañi meditó sobre la grave situación en que habíase colocado Zúñiga.

Confiando, no obstante, en la amistad que le profesaba don Pedro de Varela, decidióse á visitarle.

La conveniencia aconsejaba que su entrevista con el familiar fuese en seguida.

Aquella noche enlazábanse unos sucesos con otros.

Era preciso desplegar gran actividad.

—Voy á haceros una súplica, don Juan,—dijo Estrañi.

—Cuántas queráis.

—Prometedme no salir de este aposento hasta que yo regrese.

—¿Luego vais á salir?

—Sí, amigo mío.

—Si no fuera indiscreción, os haría una pregunta.

—Sois dueño de hacérmela.

—¿Adónde dirigís vuestros pasos?

—A la morada de don Pedro Varela, el familiar con quien emprendisteis á cintarazos en la calle de Quiñones.

—¿Tratáis de arreglar el asunto de mi fuga?

—Y creo que lo conseguiré.

—Gracias, Estrañi. Nunca encontraré palabras suficientemente expresivas para demostraros mi agradecimiento. Partid, pues, descuidado, que os espero tranquilo.

—No lo dudo. Lo único que podía preocuparos era la situación de Adelina, y ya sabéis que se encuentra en palacio y bajo la tutela de nuestra augusta soberana.

—Hasta luégo, pues, Estrañi.

—Adiós, Zúñiga. Procurad reprimir los ímpetus de vuestro carácter. Ya no sois un niño. Debéis, por lo tanto, reflexionar las cosas.

El doctor calóse el sombrero y salió de la estancia.

Un instante después se aventuraba hacia la calle en que vivía don Pedro de Varela.

No era aquella hora la más oportuna para visitar á nadie.

Lo probable era que el familiar estuviese gozando de las dulzuras del sueño. No obstante, no fué así.

Don Pedro disponíase á acostarse, cuando oyó el llamamiento de Estrañi.

Luégo sintió rumores de pasos en la escalera.

—¿Vendrán á buscarme?—preguntóse.—¡Qué vida más intranquila!

Estas lamentaciones surgían en la mente del familiar, cuando dieron unos golpecitos en la puerta de su dormitorio.

—¿Quién?—preguntó Varela con acento malhumorado.

—Señor,—respondió su sirviente,—un caballero pregunta por vos.

—¿No se te ha ocurrido contestarle que vuelva mañana?

—Fué lo primero que le dije; pero ha insistido en que os despierte, manifestándome que el asunto que le trae es urgente.

—¡Válgame Dios!

Y el familiar, después de bostezar, dijo:

—Que pase. ¡Cuánta paciencia se necesita para desempeñar ciertos cargos!

Estrañi penetraba un instante después en la habitación contigua al dormitorio.

Cuando Varela vió al médico de la reina, desapareció su disgusto.

Sabía que Estrañi era incapaz de molestarle á una hora tan avanzada sin un verdadero motivo.

—Dispensad, amigo mío, —dijo el doctor,—si me presento á una hora tan importuna.

—Sentaos, Estrañi. Ya sabéis la satisfacción que recibo siempre que os veo.

—Vengo á pedir os un nuevo favor.

—¡Si está en mi mano, contadlo por hecho!

Estrañi ocupó un sillón que su amigo le ofrecía.

—¿Habéis tenido noticia de los sucesos de esta noche?—preguntó el familiar.

—Sí, señor.

—Me he visto en la triste necesidad de prender al coronel que con tanto interés me recomendasteis, porque de no haberlo hecho hubiera concluído con nosotros. Os aseguro que nos puso en un gravísimo aprieto.

—Y ¿no sabéis lo que luégo ha ocurrido?

—Ignoro á lo que os referís. Le dejé en uno de los calabozos de la Inquisición, dispuesto á manifestaros mañana cuanto había pasado.

—Pues el coronel Zúñiga se encuentra á estas horas fuera de la Inquisición.

Varela quedóse mirando con asombro al doctor Estrañi.

Sabía que éste era demasiado formal para gastarle una broma.

—¡Qué decís!—exclamó.

—Lo que estáis oyendo.

— ¡Pero si no es posible! ¡Si encargué mucho que le vigilasen cuidadosamente!

—Y sin duda para cumplir mejor vuestra orden penetró en el encierro uno de los carceleros, á quien Zúñiga dió un terrible golpe en los ojos, apoderándose de su ropa y huyendo de su prisión.

—¡Lo que me decís es muy grave!

—No lo dudo. Y por eso vengo á veros.

—Ese coronel es el mismo diablo.

—No. Es un hombre á quien sonrío la fortuna, y sobre todo á quien se irrogaba un inmenso perjuicio privándole esta noche de la libertad.

—Pero ¿no comprende que con su incalificable conducta se ha hecho acreedor á un severo castigo?

—En ocasiones no se recapacita nada.

—Pero tendrá que sentirlo.

—Precisamente vengo yo á rogaros que interpongáis vuestra gran influencia para que eso no suceda. Es preciso que la falta de mi amigo se atenúe, y si es posible, se la eche tierra.

—Y ¿de qué modo?

—Del que os parezca mejor.

—Considerad que eso no es posible.

—Todo lo es en el mundo cuando hay buen deseo de complacer á los amigos.

—Yo los tengo respecto á vos, pero medita con calma sobre el delito de vuestro amigo. No sólo ha hecho armas contra la Inquisición, sino que se ha fugado del calabozo maltratando á su carcelero.

—Este último punto es el más grave, pues el acometeros lo hizo por equivocación. Sin embargo de esto, yo creo que si queréis, podemos arreglarlo todo.

—Hablad.

—Se indemnizará con esplendidez, y esto corre de mi cuenta, á todo el que por causa de don Juan haya sufrido poco ó mucho, y especialmente al calabocero atropellado.

—Pero...

—Varela, siempre habéis dicho que sois amigo mío.

—Y ahora vuelvo á repetirlo.

—Cuando entré en este aposento me dijisteis que si era posible concederme el favor que solicitaba, no dudaríais en hacerlo.

—Verdad.

—Y que si era imposible, buscaríamos medios para allanar aun las mayores dificultades.

—¡Pero la que existe es de tal naturaleza!...

—No tanto. Se trata solamente de comprar el silencio de un hombre, sea cual fuere el precio que reclame.

—¿Y si se obstina en hablar?

—En ese caso apelaré á otros medios.

—¿Cuáles, Estrañi?

—¿No ha de servirme de nada ser médico de la reina? Sabéis lo mucho que me distingue.

Don Pedro quedóse pensativo. Después dijo:

—Bien, Estrañi, no quiero que gastéis vuestra in-

fluencia para conseguir una gracia que tal vez pueda otorgaros yo.

—¡Lo veis, amigo mío!

—Mañana mismo iré á la Inquisición, hablaré con el carcelero, y he de emplear toda mi influencia para convencerle.

—¡Gracias, Varela!

—Procurad, sin embargo, que el coronel no haga una nueva locura.

—Os aseguro que no la hará.

—Pues en las circunstancias en que se halla quizá no pudiéramos evitar que se perdiera.

—No olvidéis recompensar al carcelero.

—Será preciso.

—Como comprenderéis, esto es lo que menos importa al tratarse de la salvación de Zúñiga.

Estrañi se puso de pie.

Luégo, alargando su mano al familiar, le dijo:

—Amigo mío, os doy de nuevo las más expresivas gracias, y ya sabéis que quedo á la recíproca.

Y saliendo del aposento, se aventuró por la escalera.

Don Pedro, fiel cumplidor de su palabra, momentos antes de que amaneciese dirigióse á la Inquisición.

Apenas hubo llegado á este sombrío edificio, uno de los carceleros le referió el suceso desagradable que había ocurrido aquella noche.

Varela se hizo conducir á la estancia del calabocero enfermo.

—¿Qué ocurre, Simón?—preguntóle.

—¡Ay, señor; es espantoso lo que me pasó anoche!

—¿Te ha reconocido el médico?

—Sí, señor.

—¿Y qué opina?

—Que la enfermedad será larga y penosa, y que es muy posible que me quede ciego.

—¡Válgame Dios! No hay que perder la esperanza. Te prometo que si es necesario, vendrá á visitarte un médico amigo mío. Ahora durante tu enfermedad no tienes que ocuparte de tu familia, cuyas necesidades pondré á cubierto.

—¡Tanta bondad!

—Sin contar una buena suma que te entregaré mañana mismo.

—Y ¿cómo pagar tantos beneficios?

—Muy fácilmente.

—Decidme la manera, señor.

El familiar se acercó al lecho de Simón, y en voz baja le dijo:

—Es necesario que guardes silencio, que nadie sepa lo que ha ocurrido anoche, y de este modo, cuando recobres la salud, con los medios que se te darán podrás retirarte con tu familia y pasar una existencia más cómoda que la de calabocero.

Simón guardó silencio.

Una sonrisa dibujóse en sus labios.

Hasta parecióronle menos intensos los dolores que sentía.

—¿Aceptas? —preguntó el familiar.

—Sí, señor. Tengo esposa é hijos, y su porvenir es para mí más atendible que mis deseos de venganza.

—Bien, Simón, lo dicho. No creo que te arrepientas. Luégo volveré á entregarte lo ofrecido.

Y Varela salió de la estancia, muy satisfecho por haber logrado que se realizasen los deseos del doctor, cuya amistad apreciaba en mucho.





CAPITULO CXIV

Donde se dice lo que pasó en el convento después del raptó de Adelina.



ESTRAÑI dirigióse de nuevo á palacio. Empezaba á sentirse rendido.

Nunca demostróle á Zúñiga ser tan amigo suyo como en aquella ocasión.

Éste, fiel á su promesa, continuaba sentado junto á la chimenea.

Al ver entrar á Roberto fijó los ojos en él.

—Creo que todo está arreglado, amigo mío,—dijo Estrañi.—Ahora lo único que os ruego es que no cometáis nuevas locuras, que pueden acarrearos las más tristes consecuencias.

—¿Supongo que no censuraréis la conducta que he

observado esta noche? Tratábase de salvar á Adelina.

—Pero el procedimiento empleado con el carcelero paréceme demasiado enérgico.

—¡Pobre hombre! Sólo la necesidad me obligó á tratarle del modo que lo hice.

—Bien, Zúñiga. Empieza á amanecer. No conviene que salgáis de aquí hasta que el familiar Varela me manifieste que estáis fuera de peligro. Pasad, por lo tanto, á mi dormitorio y descansad.

—¿Y vos?

—Tengo que hacer.

—Yo tampoco tengo sueño.

—No me decido á dejaros solo.

—¿Por qué?

—Confieso ingenuamente que temo que cometáis una nueva locura.

—¿Tan poca confianza os inspiro?

—Os temo, don Juan.

—Tranquilizaos. Me habéis dicho que Adelina se encuentra en palacio bajo la salvaguardia de la reina. Esto era lo importante para mí; lo demás no me importa nada.

—¿Queréis que llame á Rogelio?

—¿A estas horas?

—Precisamente se encuentra, como sabéis, en el cuerpo de guardia.

—Es verdad; pero de llamarle, no le digáis lo que ha ocurrido. Hacedle saber que su hermana se encuen-

tra al lado de la reina, pero nada más. Si conoce con todos sus detalles lo que intentaba Grimaldi...

—Le mataría.

—Y es preciso evitar nuevas complicaciones.

Estrañi llamó.

Presentóse un criado.

—Llégate al cuerpo de guardia,—ordenóle el médico,—y di al coronel Massi que su amigo don Juan de Zúñiga le espera en mi aposento.

El criado obedeció.

Empezaban á advertirse, como ya hemos dicho, los primeros reflejos del día.

El doctor estaba impaciente por visitar á la condesa, á quien suponía desde luégo víctima de la impaciencia más devoradora.

Rogelio no tardó en presentarse.

Al ver á Zúñiga sentado junto á la chimenea con la mayor tranquilidad, no dudó que sus gestiones hubieran producido los mejores resultados.

—Veo con satisfacción, —dijo alargando su mano á don Juan,—que hemos tenido un mal pensamiento respecto á Grimaldi.

—¿A qué te refieres?—preguntó Zúñiga.

—Cuando te hallas aquí tan tranquilo, es señal de que las sospechas que tuvimos del marqués fueron infundadas, y que dejaste á mi familia en la quinta de los Tilos.

—Tal vez te equivocas.

—¡Cómo, Zúñiga! Te conozco perfectamente. Sé

que si el menor peligro amenazara á mi familia, no estaría aquí.

—Tu madre continúa en el convento.

—¿Es posible?

—Y Adelina está en palacio.

—¡Vaya, que siempre has de tomar á broma aun los asuntos más serios!

—Zúñiga os ha dicho la verdad,—respondió el doctor.

Rogelio fijó en Estrañi sus negros y expresivos ojos.

Conocía demasiado el carácter del médico para dudar de sus afirmaciones.

—¡Mi hermana en palacio! —dijo arrugando el entrecejo.

—Y bajo la égida de la reina.

—¡Pardiez, que estáis haciendo que mi cabeza se pierda en un mar de confusiones!

—Todo os lo explicaré, Rogelio; pero lo primero es que vayamos al monasterio de las Comendadoras de Santiago á ver á vuestra madre.

—¿Y mi hermana?

—No paséis por ella la menor inquietud, pues ya sabéis que se encuentra con la reina. Queda además aquí Zúñiga.

—¿No nos acompaña Juan?

—No, amigo mío; yo me encuentro preso en esta estancia.

—¡Cuando digo que todo son enigmas!...

—Zúñiga no nos acompaña por motivos que por el camino os referiré.

Estrañi hizo una seña á Rogelio para que repasase el umbral.

El joven negóse á hacerlo el primero.

Cuando ambos se aventuraron por la escalera, Massi se detuvo un instante.

—Y ahora, doctor, ¿os complaceréis en no calmar la impaciencia que siento?

—No: voy á contaros lo que ha pasado.

—¿Qué ha sucedido?

—Como temíamos que Grimaldi hiciese alguna de las suyas, hablé con la reina, que apresuróse á enviar á una de sus damas en busca de Adelina.

—¡Tanta bondad!

—Y la ha honrado con el cargo de su dama de honor.

—¡Esto más!

—Ya sabéis lo cariñosa que es su majestad.

—Y lo mucho que os distingue con su aprecio.

Como nuestros lectores ven, Estrañi no quiso decir al joven la verdad de lo sucedido.

Conocía el carácter del hijo de la condesa.

No ignoraba, por lo tanto, que sería capaz de buscar al marqués de Grimaldi, aunque éste se ocultase bajo la tierra, para imponerle un severo correctivo por haber atentado á su honra.

El doctor quería entrar en un período de calma.

Estaba cansado de contrariedades y de luchas.

—Decidme, doctor, —preguntó Massi, —y ¿cómo mi madre no acompañó anoche á mi hermana?

Esta pregunta hubiera desconcertado á cualquier hombre dotado de una imaginación menos viva que la de Roberto.

—La condesa se encontraba indispuesta con un ligero ataque de nervios, —repuso con tranquilidad

—¡Pobre madre mía!

—Y aunque el deseo de Adelina era no separarse de la enferma, ya comprenderéis que no podía excusarse con la augusta señora que reclamaba su presencia.

—¡Es natural!

Estrañi y Rogelio caminaban á buen paso.

Una nueva dificultad surgió en la mente de Estrañi.

Aunque había intentado ver á la condesa y tranquilizarla la noche anterior, no logró, como ya dijimos, que le franqueasen la puerta del convento.

Era preciso, por lo tanto, alejar á Rogelio hasta prevenir á su madre, recomendándola que no pidiese explicaciones de lo ocurrido delante de su hijo.

Al entrar en la calle de Quiñones, el doctor se detuvo y dijo:

—Rogelio, convendría hacer una cosa.

—Cuántas queráis.

—Supongo que la leve indisposición de vuestra madre habrá desaparecido.

—Sí, ella padece de esos ataques nerviosos, pero la duran poco por fortuna.

—No conviene, sin embargo, que salga del convento sino en carruaje: la mañana está fría.

—Buscaré un vehículo, si os parece.

—Sí, eso es lo mejor.

—Esperadme, que pronto vuelvo.

—Arriba os aguardaré.

Rogelio se aventuró por la calle Ancha.

Estrañi dirigióse al monasterio.

Su propósito era realizar lo que no había podido conseguir la noche anterior; esto es, ver á Josefina y tranquilizarla.

Dejémosle por ahora, y veamos lo que había sucedido en el convento después de verificarse el rapto.

Hallábase la condesa en su celda, como ya dijimos, cuando presentóse el jardinero Sebastián.

Parecía un espectro.

Una espantosa lividez cubría sus mejillas.

La madre comendadora, que acompañaba á la condesa, al ver al anciano en aquella actitud y en aquel sitio que jamás visitaba, le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¡Ah madre!—respondió el interpelado volviendo la cabeza para ver si alguien le seguía.



—Pero ¿qué os sucede?

—Acaban de entrar unos bandidos, unos fantasmas ó unos demonios.

—¡Ave María purísima! —exclamó la comendadora haciendo la señal de la cruz.

—Y me inclino á creer que eran unos demonios, — prosiguió el demandadero, — porque únicamente los espíritus infernales se atreven á profanar una morada como ésta.

—Pero ¿dónde están?

—Ya deben haberse ido.

—Sin duda alguna visión vuestra, hermano.

—No lo creáis; y prueba de ello que se han llevado á una novicia.

—¿Qué novicia? —preguntó la condesa palideciendo.

Tan inmutado estaba Sebastián, que no reparó siquiera en quien le hacía esta pregunta.

—La novicia Adelina, —respondió.

La condesa lanzó un grito desgarrador.

Luégo dirigióse hacia la escalera.

La comendadora la detuvo.

—Pero ¿adónde vais? —la preguntó. —Quizás sea todo exageración de Sebastián.

—Vamos, vamos en busca de mi hija.

La madre comendadora aventuróse por la escalera seguida de Josefina y Sebastián.

Los tres dirigieronse á la celda de Adela, cuya puerta estaba entornada.

La condesa penetró en el aposento.

Al hallarlo desierto, sus pupilas brillaron con vivísimo resplandor.

—¡Adelina, Adelina mía, hija de mi alma!—exclamó.

—¡Sosegaos, señora!

—Pero ¡cómo queréis que me tranquilice faltándome mi hija!

—¡Hablad, hermano Sebastián, decidnos cuanto ha ocurrido!

—Pues que me encontraba en el jardín, esperando al doctor y á don Juan de Zúñiga, que, como sabéis, debían venir en busca de la señora condesa y su hija...

—Prosigue.

—De pronto apeóse de un carruaje un hombre, en el que creí reconocer á don Juan. Luégo bajaron otros.

—Continúa.

—Entraron, y uno de ellos cuyo acento no me era desconocido, sacó una pistola.

—Y ese hombre ¿quién era?

—¡Qué se yo! Lo cierto es que apuntóme con el arma y que no me atreví á negarle la entrada.

—¡Miserable!—exclamó la condesa sin poder contenerse.

—Una negativa hubiera sido mi muerte.

—Y ¿cuándo ha ocurrido todo eso?

—Hace un instante.

—¡Ah madre!—exclamó Josefina juntando las ma-

nos.—Quizás es aún tiempo. Dejadme que corra al jardín en busca de mi querida hija.

—Todo será inútil.

—Intentémoslo al menos.

Y la condesa, después de enjugarse una lágrima con su lenzuelo, aventuróse por el jardín, seguida de la comendadora y de Sebastián.

Este último iba á una respetuosa distancia.

A cada instante parecíale que surgían sombras de la espesura.

En el momento en que Josefina disponíase á abrir la puerta, oyéronse en la calle dos detonaciones y choques de espadas.

La condesa dudó. Pero aquel movimiento, hijo del natural instinto de conservación que todos tenemos, disipóse con la rapidez del rayo.

Josefina abrió la puerta.

Ante todo era madre; esto es, guardaba en su alma esos sentimientos sublimes de la mujer que se ve reproducida, que entrega gustosa hasta la existencia por el ser que llevó en sus entrañas.

La noche estaba oscura.

Parecióle que á través de las sombras descubría figuras humanas que se revolvían en terrible lucha.

Quiso avanzar, pero la comendadora la detuvo por segunda vez.

—¿Qué vais á hacer?—la preguntó.

—¡Buscar á mi hija, salvarla; si es preciso, morir por ella.

—¡Hija mía, calma, por Dios! Os recomiendo que os tranquilicéis.

—No puedo, señora, no puedo.

La condesa hizo un esfuerzo para desasirse de las manos que la detenían. Pero en aquel instante sintió que una ola de sangre subía á su cabeza.

Apoyóse, pues, en la comendadora para no caer.

—Sebastián, — dijo la madre, — venid en mi ayuda. Esta infeliz se muere.

—¡Válgame Dios! — exclamó el demandadero.

—Ante todo cerrad esa puerta y no la volváis á abrir sin mi permiso.

—Tenedlo por seguro.

Josefina habíase desmayado.

No les costó poco trabajo á la comendadora y al demandadero llevarla á su celda.

—Retiraos, — dijo la primera al anciano; — de todo tiene la culpa vuestra falta de reflexión.

—¡Pero, madre!...

—¡Os he dicho que os retiréis!

Sebastián bajó la cabeza, sin replicar palabra.

—¡Pobre de mí! — pensó al dirigirse á su aposento; — ¡qué verdad es que el último mono es el que se ahoga!

Dos horas transcurrieron.

Sebastián no podía conciliar el sueño.

En realidad no podía argüirle la conciencia por lo que había pasado.

Era un buen hombre, cuya honradez no tenía límites.

La madre comendadora estuvo cuidando á la condesa con la más cariñosa solicitud.

No hubiera hecho más Adelina.

Cuando la enferma recuperó el sentido, fijó sus ojos en la comendadora.

—¿Y mi hija?—preguntó después de exhalar un hondo suspiro.

—Tranquilizaos.

—Pero ¿dónde se halla?

—Estáis muy excitada: calmaos, y luégo hablaremos; entre tanto rezaré porque Dios la preserve de todo mal.

—¡Ah Dios mío! ¡Quiero ir en su busca!

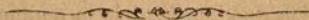
—Queréis un imposible. Pronto amanecerá, y entonces prometo que haremos cuanto esté en nuestra mano.

La condesa se levantó.

No hubo fuerzas humanas para retenerla en el lecho.

Insistió en salir, pero la comendadora se opuso terminantemente.

Apenas amaneció, llegó al convento, como ya dijimos, el doctor Estrañi.





CAPITULO CXV

La despedida.



PENAS anunciaron á la madre comendadora que el médico de la reina deseaba verla, consideró su llegada como providencial.

Apresuróse, pues, á recibirle en el locutorio.

En cuanto á Josefina, dirigióse también á la estancia.

No hubo fuerzas humanas que la detuviesen en la celda.

Estrañi ya esperaba en el locutorio.

Al ver la palidez que cubría las mejillas de la condesa, la dijo:

—Tranquilizaos, señora. Sé todo lo que sucede:

comprendo la espantosa noche que habréis pasado.

—Pero ¿sabéis lo que ha ocurrido?

—Perfectamente; y antes de entrar en detalles, sabed que vuestra hija se halla á salvo de todo peligro.

—¡Gran Dios!—exclamó la condesa elevando sus ojos en señal de gracias.

—El Señor ha querido oír mis oraciones,—añadió la madre comendadora.

Comprendiendo luégo ésta que su presencia era importuna, y no teniendo que ejercer vigilancia sobre la condesa, que, como nuestros lectores saben, hallábase en concepto de pensionista, despidióse de Roberto, abandonando la estancia.

Josefina cambió una mirada con Estrañi.

En los labios de éste se dibujó una sonrisa.

—¡Pobre Josefina!—exclamó.—Se advierte en vuestras facciones las profundas huellas del sufrimiento; pero afortunadamente vuestra hija puede seguir alzando la frente con orgullo.

—El corazón me dice que á vos debo este nuevo favor.

—No puede recibir ese nombre el deber que cumple un amigo.

—¡Gracias, Estrañi, gracias!

—Tranquilizaos un poco: aun estáis muy agitada.

—Deseo, sin embargo, que me digáis cuanto ha sucedido. ¿Dónde se halla mi hija?

—En palacio.

—¿La habéis llevado á vuestra vivienda?

—Ha pasado parte de la noche en la cámara de la reina, que ha tenido la bondad de nombrarla dama de honor.

—¿Qué decís! ¿Vd. es dama de su majestad?

—Sí, señora.

—¿No comprendo!

—Os lo explicaré. En palacio existe una persona que quería perder á ese ángel, y en el mismo palacio ha encontrado otra que la ampara poniéndola lejos de toda aspiración insensata.

—¡Por Dios, Estrañi, no estéis tan enigmático, os lo ruego; tened piedad de esta pobre madre!

—¿Condesa, es tanto lo que tengo que deciros!...

—Empezad, pues.

—El rey, cuyos sentimientos amorosos dormían al parecer de algún tiempo á esta parte, sintió brotar en su alma el vivo deseo de una pasión.

—¿Hacia quién?

—Hacia vuestra hija.

—¡Callad, Estrañi! ¡Qué horror! ¡Eso no es posible!

—Tened en cuenta que el marqués de Grimaldi procuró despertar en el monarca, con respecto á vuestra hija, ideas que quizás no hubieran brotado jamás en su cerebro.

—¿Grimaldi?

—Que ha pretendido seguir en todo el sistema infame de su antecesor Tanucci.

La condesa, al oír este nombre, se ruborizó, inclinando la cabeza.

—No evoquéis esos tristes recuerdos, que me avergüenzan, —dijo después.

—Es cierto, Josefina, perdonadme. Comprendo que os he hecho daño.

—Proseguid.

—La noche pasada debíamos Zúñiga, vuestro hijo y yo venir en vuestra busca para acompañaros á la quinta de los Tilos.

—Y os esperábamos. Juzgad cuál sería mi desesperación cuando se presentó en el coro el anciano demandadero diciendo que habíanse llevado á mi hija.

—Grimaldi, anticipándose á nosotros, envió personas para que lo hiciesen.

—Y ¿adónde llevaron á mi hija?

—A una casa de campo donde debía acudir el rey.

—Me estremece tanta maldad.

—Por fortuna, —continuó Estrañi, —hubo tiempo de evitarlo.

—¿Y de qué medios os valisteis para conseguirlo?

—Hablé á la reina, quien desde luégo se interesó mucho por vuestra hija, llamando á Grimaldi y manifestándole su deseo de que inmediatamente llevara á su cámara á Adelina.

—¡Ah! ¡Nunca olvidaré tan noble conducta!

—Ya sabéis cuanto ha pasado.

—Gracias á la reina y á vos, mi hija sigue siendo tan buena y honrada como siempre. Mi gratitud no tiene límites.

Y la condesa alargó su blanca y aristocrática ma-

no al médico, que éste estrechó con efusión entre las suyas.

Estrañi sintió impulsos de llevarla á sus labios, estampando un beso en aquel ampo de nieve; pero le contuvo su exquisita delicadeza.

—Ahora, amigo mío, —dijo, —como comprendéis, tengo vivísimos deseos de darle á mi hija un abrazo, y tengo además que cumplir con un deber, dando gracias á su majestad por cuanto ha hecho en mi obsequio.

—Nada más justo.

—Por lo tanto, voy á despedirme de la madre comandadora y de las religiosas que con tanta solicitud y cariño me han tratado durante mi permanencia aquí.

—Nada más justo; pero tenemos que esperar á vuestro hijo.

—¿Va á venir?

—Sí, señora. No encontrando prudente en manera alguna que supiese la verdad de lo ocurrido, le rogué que fuese en busca de un carruaje para que os conduzca á vuestra casa.

—Gracias, Estrañi: veo que conocéis el carácter de mi hijo. Habéis obrado con prudencia, pues de otro modo se hubiera empeñado en castigar al marqués y se hubiera comprometido.

—Por eso mismo quise evitarlo.

—Lo que os agradezco infinito.

—Ahora lo que conviene, en mi concepto, es que

cuanto antes unáis á vuestra hija con don Juan de Zúñiga. No es para vos un secreto que se aman, y la conducta que el coronel ha observado esta noche le hace digno de la mano de Adelina.

—¿También don Juan ha tomado parte activa en los sucesos?

—Gerró á cuchilladas con los alguaciles del Santo Oficio, á quienes confundió con los raptos de vuestra hija.

—¿Luego el coronel se encuentra expuesto á las persecuciones de la justicia?

—Afortunadamente se acudió á tiempo y se echará tierra al asunto.

—¡Ah Estrañi, en medio de mi desgracia tengo la inmensa satisfacción de contar con muy buenos amigos!

—Todo el que conozca lo mucho que valéis, tiene que serlo.

—¡Cuánto tarda mi hijo!

Estrañi dirigió á la dama una mirada de dulce reconvención.

¡Él considerábase tan feliz permaneciendo á solas con ella!...

Pero la impaciencia de Josefina era justificada. ¡Habían ocurrido tantas cosas en el transcurso de una sola noche!...

Estrañi no apartaba sus ojos de aquella mujer, la única que había sido desde su primera juventud el objeto de su amor.

Parecíale que los sufrimientos habían contribuido á hacerla más interesante.

—Estrañi,—dijo la dama,—con vuestro permiso, y á fin de no perder ni un momento, voy á despedirme de estas buenas madres, para que partamos en cuanto llegue Rogelio.

—Como gustéis.

—Dispensad si os dejo un instante solo, amigo mío.

—¡Solo!—pensó Estrañi.—¡Como si alguna vez lo estuviese! ¿Acaso no me acompaña siempre su recuerdo?

Y Estrañi exhaló un suspiro, que brotó de lo más hondo de su pecho.

Desde la muerte de Massi habían vuelto á levantarse en su alma las más halagüeñas esperanzas.

Josefina salió de la estancia.

Antes de dirigirse á la celda de las comendadoras, aventuróse por la escalera que conducía al coro.

Necesitaba elevar sus plegarias al Ser Supremo por haber librado á su hija del inminente peligro que la amenazó.

El coro estaba desierto.

Esto era lo que deseaba la condesa.

La verdadera oración no debe elevarse más que en la soledad.

Parece que entonces se encuentra nuestra alma más cerca de Dios.

Josefina arrodillóse junto á la celosía.

A través de ella descubríase el templo con sus majestuosas naves y sus sagradas efigies.

Cruzó las manos, y elevó los ojos al cielo.

Agitáronse levemente sus labios, que aun tenían el vivo carmín de la primera juventud.

Si en aquel momento la hubiese visto Estrañi, hubiera sentido agigantarse su pasión.

Terminado su rezo, la condesa se santiguó, púsose luégo de pie y salió del coro.

Estaba tranquila.

Las plegarias que acababa de elevar causáronle el efecto que produce el bálsamo sobre las heridas.

Bajó la escalera, oyó rumores de voces en el refectorio, y dirigióse á él.

La madre comendadora y las religiosas disponíanse á tomar el desayuno.

—Madre, —dijo la condesa, —hermanas mías, vengo á despedirme de vosotras y á daros gracias por la solicitud y el cariño con que todas me habéis tratado.

—¿Nos dejáis ya? —preguntó la comendadora con tristeza.

—Sí, madre. Deberes sagrados reclaman mi presencia fuera de este tranquilo monasterio, del que guardaré siempre dulces recuerdos.

La comendadora se aproximó á la condesa.

—¿Habéis sabido algo más respecto á vuestra hija?

—preguntó en voz baja para que no lo oyesen las de más religiosas.

—Adelina se encuentra en palacio al lado de nuestra augusta soberana, que la ha distinguido nombrándola su dama de honor.

—Dios no desampara nunca por completo á los buenos.

—Ahora, madre, deseo hacer una limosna á la comunidad, y en este concepto dignaos admitir esta corta suma.

Y diciendo esto, la condesa puso en sus manos una bolsa repleta de oro.

—Gracias en nombre de la caridad, á cuyo objeto la destinaremos, pidiendo al Señor por vuestra ventura.

La condesa enjugóse una lágrima.

Luégo se dirigió al locutorio, donde, como nuestros lectores saben, había quedado Estrañi.

Sorprendióse la condesa al no encontrar allí al doctor.

En cambio hallábase el demandadero Sebastián.

—Señora condesa,—dijo éste,—don Roberto ha ido en busca de un caballero á quien dice esperar, pues afirma que partís del convento.

—Es verdad.

—Lo único que os suplico es que no me guardéis rencor por lo que sucedió anoche, pues no fué mía la culpa.

—Bien lo sé, Sebastián.

—Yo esperaba al doctor y á don Juan de Zúñiga, y el demonio, que todo lo enreda, hizo que se presentasen otras personas.

—Bien, Sebastián; por fortuna todo se ha arreglado de buena manera.

—Mas vale así. No podéis imaginaros el peso que se me quita de encima.

Llamaron á la puerta.

Sebastián abrió después de mirar por el postigo.

—De los escarmentados nacen los avisados,—se dijo.—¡Cualquier día vuelvo yo á abrir sin conocer á quien pretenda entrar!

Los que llamaban eran Estrañi y Rogelio.

Éste se arrojó en los brazos de su madre y la besó cariñosamente.

Estrañi exclamó entonces:

—Cuando gustéis, señora.

—Vamos, doctor. Vamos, hijo mío.

Josefina gratificó espléndidamente al demandadero, y apoyándose en el brazo de su hijo, salió del locutorio con dirección á la calle.

En la misma puerta esperaba un coche. Nuestros tres personajes penetraron en él, dirigiéndose á casa de la condesa. Durante el trayecto ésta dijo al doctor:

—La impaciencia que siento por abrazar á mi hija es inmensa, y no lo es menos tampoco mi deseo de dar gracias á la reina por la bondad con que en esta ocasión nos ha distinguido. En cuanto cambie de traje me dirigiré á palacio con ese doble objeto. Os agradecería

mucho, doctor, que me hicieseis el obsequio de rogarla que se digne recibirme.

—Lo haré con mucho gusto, señora.

—Gracias, Estrañi, por tantas molestias como os vengo proporcionando.

—¡Por Dios, señora!

La condesa y Rogelio quedáronse en su casa con el fin de variar de trajes para ir á ver á la reina, como ya hemos indicado, y Estrañi dirigióse á palacio á cumplir el encargo que acababan de hacerle.

La esperanza que alentaba en el corazón del doctor iba agigantándose.

Su amor hacía la condesa, si no muerto, amortiguado durante tantos años, había renacido con más fuerza que nunca.

Aquel hombre, que se creía condenado á vivir muriendo, comenzó á abrigar la esperanza de que aun podía ser dichoso.

Josefina había sido su única ilusión, su único amor, y seguiría siéndolo mientras le quedase un soplo de vida.

Los obstáculos que la fatalidad levantó entre ambos, habían desaparecido con la muerte del conde. ¿Qué les impedía ser felices?

Haciéndose estas reflexiones, llegó Estrañi al palacio de los reyes.

Dirigióse á la cámara de la reina, á fin de solicitar su permiso para que la condesa fuese á ofrecerla sus respetos.





CONCLUSIÓN



A acogida que la reina dispensó á la condesa de Massi no pudo ser, ni más franca, ni más cariñosa.

La noble esposa de Carlos III, á quien habían encantado la hermosura y la candidez de Adelina, sintió hacia su madre una simpatía grande.

La noble doña María Amalia no podía ni figurarse siquiera que aquella dama, á quien todo el mundo respetaba por su virtud y su resignación, hubiera sido en otro tiempo víctima del capricho y de la irreflexión de su esposo.

Pero el aprecio y la simpatía de la reina fueron causa de que Josefina sufriese uno de los mayores disgustos que experimentó en su vida.

Sin sospechar el daño que hacía, la noble señora

demostró tal empeño en presentar á su esposo la viuda y los hijos de Massi, que Josefina, por no infundir sospechas en el ánimo de la reina, se resignó á aquel nuevo y doloroso sacrificio.

La entrevista con el rey fué un tormento infinito para aquella noble mártir y un remordimiento terrible para el rey.

La nobleza cortesana envidió aquel alto honor alcanzado por la familia del difunto conde; honor á que Josefina hubiera renunciado gustosa, aunque hubiera tenido que comprar su renuncia con algunos años de su vida.

Pero la sociedad juzga casi siempre todas las cuestiones sólo por las apariencias.

Roberto Estrañi fué quien únicamente conoció toda la extensión del sacrificio hecho por Josefina.

También él tuvo que violentarse de una manera grande, para aparecer sereno ante el martirio de aquella mujer á quien quería más que á su vida.

Pero tan dolorosa y terrible como fué para la condesa la entrevista con los reyes, fué grata y halagadora para sus hijos.

¡Contraste terrible de la suerte! ¡Sarcasmo cruel con que el destino flagela muchas veces á los míseros mortales!

Adelina sintióse halagada y feliz en aquella ocasión, porque en la regia entrevista, por iniciativa de Estrañi,

quedó hasta acordada la fecha de su enlace con don Juan de Zúñiga.

La condesa empeñó su palabra de que la unión se verificaría así que terminase el luto por la muerte de su marido.

Durante este tiempo acordaron residir en la quinta de los Tilos, á fin de recobrar con la calma y tranquilidad de la vida del campo las fuerzas gastadas en la lucha que hasta entonces habían sostenido.

En cumplimiento de este propósito, la condesa y sus hijos salieron para su quinta al día siguiente de su entrevista con los reyes.

Cuando don Juan de Zúñiga supo por conducto de Estrañi lo acordado, creyó volverse loco de felicidad.

Sin poder contenerse abrazó al doctor con una efusión inmensa, diciendo:

—¡Habéis nacido para ser mi providencia, el ángel bueno de todos vuestros amigos!

—*Vade retro*, señor mío, que yo no soy para vos más que un diablo con quien tenéis celebrado un pacto solemne! —repuso Estrañi sonriendo.

—Tiempo hubo, cuando no os conocía como ahora, que me hicisteis dudar; pero hoy, que me consta vuestra abnegación, vuestra grandeza de alma y lo elevado de vuestros sentimientos, desearía que fuesen muchas las legiones de diablos como vos que existieran en el mundo. Si esto fuera así, se daría el espectáculo extraordinario de que los diablos convirtieran la tierra en un paraíso.

La misma tarde que se cruzó el diálogo anterior entre Estrañi y Zúñiga, al regresar éste á su casa lleno de la mayor satisfacción, al dar los primeros pasos en el zaguán, un hombre, mejor dicho, un espectro se arrojó de repente á sus plantas, y abrazando sus rodillas, le dijo con acento entrecortado por los sollozos:

—¡Perdón, mi noble y compasivo amo! ¡Perdón y gracia!

—¡Tunante! ¿De dónde has salido?—replicó don Juan, reconociendo en aquel desgraciado á su antiguo criado Antonio.

—¡Del infierno, señor; es decir, de un sitio peor todavía; del *impace* del convento de los Jerónimos, donde me han tenido tres meses á pan y agua, y veinticuatro azotes diarios!

—Así se te han bajado las carnes; pareces una espina.

—¡Me transparente señor!

—Bien empleado te está, por haber preferido la holganza del claustro al servicio de mi casa, donde hacías lo que se antojaba.

—¡Ah señor! cuando hice tan enorme disparate, más me hubiera valido haberme muerto.

* —¿Y el voto que tenías hecho de consagrarte á la oración y á la penitencia por toda tu vida?

—Su señor tío y los endemoniados legos que están á sus órdenes me han obligado á disciplinazos á revotarme. ¡Ay! El recuerdo sólo de lo mucho que me han hecho sufrir durante los tres meses de *impace*,

que me han parecido tres mortales siglos, me pone de punta el cabello.

—¿Te han sobado la piel de lo lindo?

--Ni el curtidor más hábil adoba una corambre tan perfectamente como han adobado á golpes mi pellejo aquellos benditos hijos de San Jerónimo con quien el diablo cargue. ¡Qué puños de mozo de cuerda tenían aquellos malditos! Y ¡con qué fe, con qué celo tan infernalmente exaltado descargaban sobre mis desnudos lomos sus disciplinas de cuero con remate de plomo!

—¡Qué cara pondrías al recibir sus caricias!—repuso don Juan sonriendo.

—¡Figúrese usted, señor!

—Por haberte visto en aquellos instantes hubiera dado cualquier cosa buena.

—Seguro estoy que si me ve su merced tan cruelmente maltratado, no hubiera podido reprimir su indignación, y la hubiera emprendido á cintarazos con mis verdugos.

—No lo creas; antes me hubiera regocijado al ver cómo te zurraban la badana en castigo de tu glotonería. Entes tan egoístas y tan ingratos como tú no merecen ser compadecidos.

—¡Ah señor!; pero ¿qué es lo que decís?

—Lo que oyes, tunante. Todo lo que te ha sucedido, y lo que de hoy en adelante te suceda, te estará bien empleado. El que tiene el bien y escoge el mal, no debe quejarse á nadie. Cuando te propuse que volvieras á mi servicio me desairaste, pensando en la re-

pleta despensa del convento; pues bien: ahora que te han puesto en medio del arroyo, arréglate como puedas, que yo no quiero tener á mi lado ingratos como tú. Donde pasaste el verano pasa el invierno, como se dice en nuestro país.

Y Zúñiga volvió la espalda á Antonio en actitud de dejarle.

Pero aquel hombre, que conocía perfectamente la nobleza de sentimientos de don Juan, volvió á abrazarle las rodillas, exclamando entre sollozos:

—Señor, no me guardéis rencor. Perdonadme; y si no queréis que me muera, admitidme á vuestro lado, que juro y perjuro no abandonaros jamás, suceda lo que suceda.

—No debía oírte siquiera por ingrato; pero para que veas que no soy como tú, quedas desde este momento admitido de nuevo en mi casa.

Al terminar el plazo señalado, lo más lucido de la nobleza cortesana congregábase una noche en los salones del palacio de la condesa de Massi, iluminados espléndidamente.

Un suceso extraordinario iba á realizarse en aquella morada, tan silenciosa y triste hasta aquel día.

Apadrinados por los reyes se iban á celebrar dos casamientos.

Don Juan de Zúñiga se enlazaba con su idolatrada Adelina, y el hermano de ésta con la hermosa Gloria, hija del ya entonces brigadier Larde.

Estrañi, conociendo la pasión de Rogelio, había alcanzado de los reyes que la familia de Larde regresase del Perú.

Terminada la ceremonia, una atmósfera de felicidad parecía envolver á las dos enamoradas parejas; atmósfera que prestaba también su bienhechor influjo á los numerosos convidados que llenaban los deslumbrantes salones.

En un momento en que Josefina, que se afanaba haciendo los honores de la casa, quedó sola en uno de los gabinetes, las lágrimas se agolparon á sus ojos, y sin poderse contener empezó á llorar silenciosamente.

Contemplaba lo felices que eran sus hijos en aquellos momentos, y recordando la tristísima noche de su enlace con Massi, sentíase apenada.

Sin que la condesa se apercibiera, una persona la observaba.

Era Roberto Estrañi, que, conociéndola, había leído en su alma como en un libro abierto.

Cuando Josefina se creía más sola entregada á su dolor, Roberto acercóse á ella.

La alfombra apagaba sus pasos, y la afligida dama no se apercibió de la presencia del médico hasta que experimentó esa sensación extraña que sufrimos cuando una persona se coloca sin que la veamos cerca de nosotros.

Josefina volvió precipitadamente la cabeza, y al ver al doctor no pudo reprimir un grito ahogado.

Estrañi, visiblemente conmovido, sin ser dueño de reprimir el sentimiento que se desbordaba de su pecho, la dijo:

—Josefina, no llores. Para poder vivir, necesario es olvidar. Tomemos las pasadas desventuras como las quimeras de un mal sueño, y con la vista fija en el porvenir, propongámonos ser felices. El cielo se ha apiadado al fin de nosotros, y aun puede sonreirnos la ventura si tenemos fe y energía para avanzar hacia ella.

—¡Imposible!, ¡imposible! —repuso la dama, llorando con la mayor amargura.

—¿Por qué ha de ser imposible lo que sólo depende de nuestra voluntad?—replicó Estrañi con gran explosión.

—Porque no soy digna de la ventura que me ofreces. Yo no merezco que un hombre tan noble, tan generoso como tú, me entregue hoy su mano, que no supe aceptar cuando debía.

—La culpa no fué tuya, fué de la fatalidad.

La presencia de algunos de los concurrentes obligó á los dos antiguos enamorados á suspender su diálogo.

Pero el hielo estaba roto, el primer paso de una reconciliación completa estaba dado.

El tiempo y el trato se encargaron de hacer lo demás.

Medio año después, Roberto y Josefina uníanse para siempre al pie de los altares.

La felicidad vino á sonreirles después de tantos años de luchas y pesares.

Después de la deshecha borrasca, brilla siempre en el cielo el iris, símbolo de la paz y de la dicha.



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO

Capítulos.		Páginas.
I.....	Recuerdos tristes.....	5
II.....	El conde propone y el diablo dispone.....	12
III.....	Un tío que es juez, y un sobrino que es reo.....	23
IV.....	El tormento, la horca y el fuego eterno.....	36
V.....	Reunidos de nuevo.....	48
VI.....	¡Cuánto has tardado, imbécil!.....	58
VII.....	El rey lo manda.....	68
VIII.....	Amo y criado.....	79
IX.....	Levar anclas.....	91
X.....	Enfrente de Argel.....	101
XI.....	Un héroe cautivo.....	111
XII.....	El renegado.....	122
XIII.....	Dos rivales.....	135
XIV.....	Dos almas felices y una desdichada.....	146
XV.....	El naufrago.....	157
XVI.....	La venganza de un malvado.....	170
XVII.....	Una revelación terrible.....	180
XVIII.....	Donde se ve hasta qué grado llega la bondad de Francisco.....	190
XIX.....	La hija de la fatalidad.....	199
XX.....	El despertar de dos almas.....	208
XXI.....	Complicaciones.....	223
XXII.....	La separación.....	234
XXIII.....	Entre el amor y el deber.....	243
XXIV.....	Donde Gabriel recibe una sorpresa desagradable.....	254
XXV.....	Donde Gabriel conoce al fin el secreto de su des- ventura.....	261
XXVI.....	Los piratas.....	270
XXVII.....	Herir por los mismos filos.....	279

Capitulos.	Páginas.	
XXVIII....	Donde la situación se complica.....	288
XXIX.....	Donde Gabriel prepara los medios de vengarse..	297
XXX.....	El áspid entre las flores.....	309
XXXI.....	El vengador.....	318
XXXII....	Nuevas complicaciones.....	327
XXXIII....	La separación.....	336
XXXIV....	Proyectos de fuga.....	345
XXXV....	La fuga.....	356
XXXVI....	Una aventura en el bosque.....	365
XXXVII....	La casa del diablo.....	375
XXXVIII..	Lo que encerraba en su seno la casa misteriosa..	385
XXXIX....	El familiar Andía.....	395
XL.....	El alma del familiar.....	405
XLI.....	Donde aumentan las complicaciones.....	416
XLII....	Donde Andía principia á desarrollar su infame proyecto.....	434
XLIII.....	El halcón y la paloma.....	441
XLIV.....	Con rumbo á España.....	454
XLV.....	Combate y naufragio.....	464
XLVI.....	Encuentro inesperado.....	478
XLVII....	Preparativos de lucha.....	487
XLVIII....	Un acto de arrojo.....	496
XLIX.....	Nuevos peligros.....	504
L.....	La toldería.....	518
LI.....	La sorpresa.....	527
LII.....	La marcha.....	539
LIII.....	Lucha de afectos.....	548
LIV.....	Dos almas desdichadas.....	557
LV.....	Buscar un peligro por huir de otro.....	568
LVI.....	Pasión de ánimo.....	577
LVII.....	El golpe de gracia.....	588
LVIII....	No hay fuerza contra el amor.....	597
LIX.....	El nombramiento de coronel.....	611
LX.....	Donde se ve la sensación que causó en la corte la noticia de la muerte de don Juan de Zú- ñiga.....	620
LXI.....	Un héroe como hay muchos.....	635
LXII....	Donde tira el diablo de la manta, dejando á An- tonio al descubierto.....	646
LXIII....	Donde se dice cómo cumplía Antonio las peni- tencias.....	655
LXIV....	La primera visita de un convaleciente.....	667
LXV.....	Donde Felisa consigue despertar los celos en el alma de Massi.....	678
LXVI....	Las primeras escenas de un drama.....	689
LXVII....	Una escena terrible.....	701

Capitulos.	Páginas.
LXVIII.... Al borde de la tumba.....	710
LXIX..... Donde el conde de Massi se encuentra de nuevo convaleciente.....	719
LXX..... Donde se presenta un nuevo personaje.....	728
LXXI..... Preparativos de viaje.....	737
LXXII..... Volver por favor agravio.....	746
LXXIII.... A orillas del Guadalquivir.....	756
LXXIV.... Uno para el gusto y otro para el gasto.....	765
LXXV.... ¡Cuando el prior retoza!.....	776
LXXVI.... El aderezo de zafiros.....	785
LXXVII... Donde un criado intenta desengañar á su señor.	794
LXXVIII.. Risas y lágrimas.....	803
LXXIX.... La fuga.....	816
LXXX.... El martirio de dos ángeles.....	228
LXXXI.... Donde renace una esperanza que se creía muerta.	837
LXXXII... En busca de reposo.....	846
LXXXIII.. De la quinta al convento.....	857
LXXXIV.. En el jardín.....	866
LXXXV... Confidencias.....	875
LXXXVI.. Orto y ocaso.....	886
LXXXVII.. La visita regia.....	895
LXXXVIII. Ir al fin sin reparar en los medios.....	906
LXXXIX.. Donde Grimaldi se admira de la actividad de su ayuda de cámara.....	916
XC..... Entre la espada y la pared.....	925
XCI..... Donde se vuelven á encontrar Zúñiga y el diablo.	934
XCII.... Donde Zúñiga camina de sorpresa en sorpresa...	942
XCIII.... Donde Zúñiga toma al revés un consejo del mi- nistro.....	955
XCIV.... Zúñiga preocupado.....	967
XCV..... Donde Rogelio persuade á Zúñiga.....	977
XCVI.... Un sobrino resucitado.....	986
XCVII.... Un lego de tomo y lomo.....	995
XCVIII.. Un nuevo asalto á la despensa.....	1003
XCIX.... Los emparedados del padre Saturnino.....	1014
C..... El que escucha su mal oye.....	1023
CI..... La confesión.....	1035
CII.... Los azotes y el <i>impace</i>	1044
CIII.... Durante el viaje.....	1054
CIV.... Donde Pietro prosigue haciendo de las suyas...	1063
CV..... Diferencias.....	1072
CVI.... El molde de cera.....	1084
CVII.... La tempestad estalla.....	1198
CVIII.. Mina y contramina.....	1111
CIX.... Golpe por golpe.....	1125
CX..... Complicaciones.....	1134

Capítulos.	Páginas.	
CXI.....	Una situación difícil.....	1145
CXII.....	La caída de un ministro.....	1155
CXIII.....	Donde Estrañi sigue siendo la providencia de Zúñiga.....	1168
CXIV.....	Donde se dice lo que pasó en el convento des- pues del rapto de Adelina.....	1177
CXV.....	La despedida.....	1189
CONCLUSIÓN.....	1201

FIN DEL ÍNDICE

PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LAMINAS

TOMO PRIMERO

	Páginas.
PORTADA.....	"
La tentación.....	98
—Dios sin duda me sugirió la idea de representar al diablo...	342
Se elevó sobre los estribos y alargó el billete.....	858
Arrojó la paloma al espacio.....	507
—Vamos, señora.....	585
—¿Supongo que no me pondrás en el caso de pegarte un tiro?.	622
—Dadme ese papel.....	702
—Con los cuatro á un tiempo.....	719
De parte del diablo.....	915

TOMO SEGUNDO

De pie en el borde hizo señas al barco.....	168
En aquel momento disponíase á clavar su poderosa garra en el seno de la joven.....	367
Cogió la bomba y la arrojó al mar.....	500
—Mirad allí.....	592
Le dió un estocada en el pecho.....	817
—A quien has hecho tu voto es á la dispensa.....	1002
El vapuleo fué mayúsculo.....	1052
—¿Qué queréis?.....	1121







Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1479793

